



# LORENZO de' MEDICI LA PALABRA PERDIDA

Cuando una sola palabra puede cambiar  
el curso de la historia...

LORENZO DE' MEDICI  
LA PALABRA PERDIDA

Traducción de Carlos Gumpert



ESPASA © NARRATIVA

Título original: *La parola persa*

© Lorenzo de' Medici, 2016

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-670-4709-7

Depósito legal: B. 1.840-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

# 1

*Costa mediterránea oriental. Antiguo reino de Ugarit.  
Año 1330 antes de Cristo*

El joven Yagurum permanecía solo, sentado delante de su casa. Una casa pobre, de humildes pescadores, levantada sobre un pequeño promontorio, a pocas decenas de metros del mar.

El sol del mediodía era tan fuerte que había tenido que protegerse bajo el único árbol que subsistía, un olivo solitario y melancólico, plantado entre la casa y el mar. Hasta hacía poco aún quedaban muchos, pero las penurias y las desgracias habían obligado a campesinos y a pescadores a cortarlos casi todos, para calentar sus hogares durante el frío invierno.

Los campos de los alrededores estaban desiertos. La guerra contra los Pueblos del Mar, atraídos por las grandes riquezas de Ugarit, se había llevado consigo a los hombres más jóvenes y vigorosos, a los mejores, y hacía mucho que nadie cultivaba las tierras. Las viudas habían huido con sus hijos hacia el norte, al amparo del aliado de siempre, el reino de Hatti, que esta vez, sin embargo, no había acudido a socorrerlos contra el invasor.

Pocos fueron los que se quedaron. Entre ellos, la familia de Yagurum.

No se habían marchado simplemente porque no sabían

adónde ir. El padre, pescador, se había negado a huir tierra adentro. Qué habría podido hacer allí, donde no había mar. Se pasaba los días saliendo con la barca, intentando pescar algo con lo que sustentar al menos a su familia, mientras que su mujer tenía que recorrer enormes distancias para llevar agua dulce y acaso un puñado de hierbas comestibles que poner a hervir.

Yagurum acababa de cumplir los once años. Era hijo único. Se aburría. Desde que las familias vecinas se habían marchado, no tenía a nadie con quien jugar. Echaba de menos a sus amigos y no entendía por qué no regresaban, cuando a ellos, que se habían quedado, no les había ocurrido nada.

Se había acercado a la orilla y lanzaba piedras al agua, lo más lejos que podía, para medir su habilidad y su fuerza.

Hasta el último momento no se dio cuenta de que un hombre se había aproximado hasta él. Cuando se dio la vuelta, se hallaba apenas a unos pasos de distancia, mirándolo fijamente, siguiendo todos sus movimientos.

Se llevó un susto tremendo. No lo había oído llegar.

En un primer instante no supo qué hacer. ¿Debía ponerse a gritar? ¿Correr a refugiarse en casa? A esas horas allí no había nadie. Su padre no regresaría hasta tarde y su madre había salido y aún tardaría un buen rato.

El desconocido no parecía hostil aun cuando todo en él decía que era un guerrero. Lo revelaba su túnica, reforzada por delante por una especie de coraza, donde se reflejaba la luz del sol. Refulgía tanto que casi lo cegó. La coraza estaba completamente hecha de oro, pero el niño no podía saberlo porque nunca antes había visto ese metal.

El hombre se inclinó y se dejó caer sobre una rodilla. Sólo entonces advirtió Yagurum que estaba herido en un brazo. Perdía mucha sangre.

Dudaba entre acercarse a él y prestarle ayuda o huir y ponerse a salvo. ¿Sería amigo o enemigo? Él jamás había

visto tan de cerca ni a soldados ni a guerreros. Cada vez que alguno de ellos pasaba cerca de sus tierras, sus padres lo obligaban a correr a encerrarse en casa, para protegerse.

El hombre era muy alto. Más de lo habitual. Por lo menos una cabeza más que su padre. Era impresionante. Tenía largos cabellos que le caían sobre los hombros, por encima de la túnica, una capa de color rojo oscuro con dibujos dorados en los bordes.

El recién llegado le hizo un gesto con la mano para que se aproximara.

Yagurum dudó antes de dar un primer y tímido paso hacia él, y el guerrero, con otro gesto de la mano, lo llamó de nuevo. Intentó sonreírle para animarlo. Más que una sonrisa, parecía una mueca de dolor. Yagurum vaciló, pero pensó que si aquel hombre tan grande que tanto lo atemorizaba por su estatura le sonreía, quizá no tuviera malas intenciones. Le resultó fácil convencerse a sí mismo y, al final, ante su insistencia, se le acercó.

A dos palmos de distancia era aún más impresionante. Un hombre imponente.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó el guerrero, y Yagurum se sorprendió al descubrir que hablaba su mismo idioma. Los guerreros que provenían del mar no hablaban su lengua. Lo sabía porque se lo había dicho su padre.

—Yagurum, señor.

—Dime, Yagurum, ¿hay alguien en casa que pueda ayudarme? Estoy herido. He perdido mucha sangre.

Tenía razón: la herida era bastante grande. El hombre no podía mover el brazo derecho. A él no le impresionaba la vista de la sangre. Más de una vez había ayudado a su padre cuando había que sacrificar a un animal para celebrar algo, corderos más que nada. Sangre había visto ya mucha.

—No, señor. Estoy solo.

—¿Dónde están tus padres?

—Mi padre salió a pescar, y mi madre ha ido a buscar agua.

Yagurum pudo leer la contrariedad en el rostro del guerrero, que hizo una mueca de dolor, mientras intentaba apoyar el brazo herido sobre la rodilla.

—¿Sabes si hay algo en la casa para curar heridas?

—No, señor.

—Entra y tráeme unos trapos. Pero que estén limpios. Vamos, date prisa.

Yagurum obedeció y corrió hacia la casa. El interior era muy angosto. Una única habitación que servía para todo. Allí comían y dormían. Miró a su alrededor, en busca de algo que pudiera servirle. Trapos no había. Lo único que tenía ante la vista era la manta que usaban para taparse cuando hacía frío. ¿Podría valer? Su madre lo regañaría sin duda si la veía manchada de sangre.

Fuera se oyó un grito de dolor. Corrió hacia la puerta y vio que el guerrero se había dejado caer de espaldas. Ahora yacía tendido en el suelo, boca arriba, con el brazo herido apoyado en el pecho.

Volvió sobre sus pasos y tomó la manta sin vacilar.

Al pasar por el rincón en el que cocinaba su madre, vio un cuenco de madera que contenía una salsa que ella preparaba para aderezar el pescado. Se preguntó si podría serle útil. El hombre había querido saber si tenían en casa algo para curar heridas, y recordó que una vez había visto cómo su madre extendía una salsa similar sobre una herida que se había hecho su padre en la mano al volver de la pesca. Lo había ayudado a sanar. ¿Acaso el guerrero se refería a eso? En la duda, tomó también la salsa y se precipitó fuera.

El hombre respiraba con dificultad, pero continuaba vivo. Echó una ojeada a la manta que había llevado Yagurum. No era exactamente lo que quería, pero aun así era mejor que nada.

—Rásgala para hacer trapos, en tiras largas. Venga, date prisa. —El desconocido respiraba con esfuerzo.

Yagurum intentó romper la manta por una esquina, pero no pudo. Entonces, el hombre sacó con su brazo sano una daga del costado y se la dio.

—Con esto te será más fácil. Vamos, date prisa, muchacho, porque siento que las fuerzas me abandonan.

Yagurum vaciló un instante. ¿Qué diría su madre? Luego, ante el evidente sufrimiento del hombre, dejó a un lado sus preocupaciones y comenzó a cortar los bordes de la manta.

—Muy bien, chico; ahora ponlas alrededor de la herida, y aprieta con fuerza hasta que deje de sangrar.

Yagurum hizo lo que se le indicaba. Le costó levantar el fuerte brazo del guerrero. Pesaba mucho. Dio dos vueltas alrededor del bíceps, donde empezaba la herida, cerca de la axila, y la apretó tan fuerte como pudo. Cuando ató el primer lazo, el hombre no dijo nada. El muchacho se asustó. ¿Estaría muerto? Acercó la oreja a la boca del gigante y notó el leve aliento que salía de ella. No, seguía vivo. Tal vez sólo se hubiera desmayado. Yagurum pensó que lo mejor era seguir haciendo lo que le había pedido.

Secó por encima la sangre con un trozo de manta y, dado que se la había llevado, cogió con la punta del dedo una pizca de la salsa de su madre, y la untó en la herida. Como el hombre no reaccionaba, pensó que no debía de dolerle y fue cubriéndole poco a poco toda la herida con salsa de pescado, antes de vendársela con las tiras de la manta.

El guerrero no reaccionaba. Respiraba lentamente, pero respiraba. Yagurum estaba horrorizado ante la idea de que pudiera morir. ¿Qué haría entonces? Lo único que le quedaba era esperar el regreso de sus padres.

Se sentó en la playa a su lado, y aguardó, mirando con ansiedad hacia el mar, por si veía acercarse la barca de su

padre, o hacia el sendero, por si su madre volvía por fin con el agua.

De vez en cuando, comprobaba si el hombre seguía respirando. Dado que no reaccionaba, se atrevió a ponerle la mano en la frente, como su propia madre había hecho con él tantas veces, y la notó ardiendo. Su madre le decía que si la frente estaba caliente era que tenía fiebre. ¿Sería eso lo que le ocurría a aquel hombre?

Volvió a su posición, sentado junto a él, sin osar moverse por si acaso se despertaba y le hacía falta algo. El sol empezaba a descender hacia el horizonte, por el oeste, más allá del mar. Yagurum no tenía la menor idea de qué hacer.

Con una mano trazaba dibujos en la arena, luego los borraba para dejar sitio a otros. Le preocupaba que si uno de sus padres no volvía pronto, con la marea, el hombre tumbado en la playa corría el riesgo de mojarse. Era impensable intentar moverlo. Pesaba demasiado.

Aguardaba desesperadamente a que su padre regresara cuanto antes, porque ni siquiera su madre, si llegaba antes, sería capaz de desplazar a aquel gigante.

De repente, sintió un agujero en el estómago. Tenía hambre. Y también sed.

¿Podría arriesgarse a entrar en la casa a buscar algo y dejar al hombre solo? Le estuvo dando vueltas durante un buen rato, y luego, al final, el hambre pudo más, y se levantó para ir a buscar con rapidez un trozo de pan.

De la salsa de pescado de su madre no quedaba casi nada en el cuenco. Así que aprovechó para llevar el cuenco a la casa. Confiaba en que su madre no lo regañara por haberla usado. Aquéllos eran tiempos de escasez, y quizá no hubiera nada más para acompañar el pescado que pudiera llevar su padre.

Pero ¿por qué tardaban tanto?

Antes de entrar en la casa, se dirigió a la parte trasera. Tenía que hacer pis. Solían ir siempre a hacer sus necesida-

des al mismo lugar, que su padre cubriría después con un poco de tierra para hacer otro agujero más tarde cerca de allí.

Desde donde estaba vio a su madre en la lejanía. Regresaba cargada con dos ánforas de agua. Fue a su encuentro.

—¡Madre, madre! —gritó mientras corría.

Le contó lo que había sucedido mientras recobraba el aliento. La madre se asustó mucho y, a pesar del cansancio, aceleró el paso. Faltaban apenas unos centenares de pasos antes de llegar a la casa, y una vez lo hizo apoyó con cautela las dos ánforas llenas de agua delante de la puerta principal y siguió a su hijo, que la arrastraba de la mano hacia la playa.

Estaba oscureciendo, pero cuando llegaron a donde Yagurum había dejado al hombre, ya no había nadie.

El muchacho no daba crédito a sus ojos. Era incomprendible.

—De verdad, estaba aquí. Estaba tendido en el suelo.

La madre observó la playa. Vio aquí y allá retales de la manta, y numerosas manchas de sangre. Cerca de allí había un objeto parduzco. Se acercó y lo recogió. Era una capa de color rojo oscuro, adornado con dibujos dorados.

—¡Era suya! —gritó el chico—. La llevaba puesta.

La madre la miró de cerca, perpleja. No cabía duda de que alguien había estado allí, como le había dicho su hijo, pero ¿dónde se había metido?

—¿No se lo habrá llevado la marea? —preguntó él asustado.

—No, Yagurum, es imposible. No está aún lo bastante alta. Lo más probable es que se haya recuperado y se haya ido. No veo otra explicación. Tu padre no tardará en volver. Veamos qué opina él.

La madre recogió las últimas tiras que quedaban de su manta. No le había hecho gracia, pero no se sentía capaz de regañar a su hijo, que sin duda la había roto por una buena causa. Dejaron la playa a su espalda y entraron en la casa.

Yagurum miró por última vez a su alrededor, para ver si descubriría algún otro rastro del gran guerrero, pero no vio nada.

Cuando su padre regresó, su madre y él le contaron lo que había sucedido. Pese a que ya había caído la noche, el pescador salió con una antorcha a dar una vuelta alrededor de la casa, para asegurarse de que el guerrero del que hablaba su hijo no hubiera caído muerto mientras se alejaba, pero no vio nada.

Un poco más adelante, semienterrada en la arena, encontró la daga del guerrero, la misma que Yagurum afirmaba haber usado para rasgar la manta. Era una daga excelente, con la empuñadura de oro y piedras preciosas alrededor del mango. Debía de pertenecer, sin duda, a un hombre muy importante.

Se la llevó a su casa, se la enseñó a su mujer, y ambos decidieron conservarla por si el hombre volvía a reclamarla.

Pasaron varios meses sin noticias de aquel guerrero que había aparecido y desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. De él sólo quedaban la daga y la capa, que la madre había limpiado y guardado junto a la daga en una caja, en espera de que volviese a reclamarlas.

El niño había tomado la costumbre de otear siempre en la dirección por la que había surgido el gigante, por si acaso decidía regresar, pero nunca más lo vio.

Una mañana, cuando toda la familia estaba ocupada en sus tareas alrededor de la casa, aparecieron de repente varios soldados a caballo.

El padre, al divisarlos de lejos cabalgando hacia ellos, temió que se tratara de guerreros hostiles, y ordenó a su mujer que fuera a esconderse en los campos con el niño. No eran tiempos demasiado seguros. Había oído hablar de familias enteras degolladas por los soldados, y de mujeres

violadas y vendidas como esclavas. No quería que eso le sucediera a ella también.

El grupo de jinetes era bastante numeroso. Se detuvieron a unos pasos de la casa. El pescador los estaba esperando a pie firme, dispuesto a defender a su gente a costa de su propia vida si era necesario.

Uno de los jinetes desmontó y se le acercó:

—Dime, buen hombre, ¿sabes si vive por aquí un niño llamado Yagurum?

Cuando oyó el nombre de su hijo, el pescador sintió que sus fuerzas lo abandonaban. Perdió al instante la confianza con la que se creía capaz de proteger a su familia.

—¿Estás sordo o es que no me entiendes?! —gritó el soldado, ante el mutismo del pescador.

El hombre no sabía qué responder. Reflexionó a toda prisa.

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué lo andáis buscando?

Su voz temblaba un poco.

En ese momento, el grupo de jinetes se apartó para abrir paso a una mujer a lomos de un espléndido ejemplar, con una silla de montar y ricos jaeces. Iba ricamente vestida y llevaba joyas como el pescador no había visto en su vida. Era casi como la aparición de una diosa. Su presencia lo intimidó aún más, y se preguntó qué podía haber hecho su hijo para que gente como ésa se desplazase hasta su morada a buscarlo.

Uno de los soldados de la escolta descabalgó y se le acercó para ordenarle con tono autoritario:

—Inclínate ante la reina Arhalbu.

El pescador obedeció, impresionado. ¿De modo que aquella mujer era nada menos que la reina de Ugarit? Había oído hablar de ella, pero nunca la había visto. Nunca hubiera podido imaginarse, ni siquiera en sus sueños más osados, que la reina en persona, la gran Arhalbu, fuera un día a visitarlo y hablara realmente con él, un humilde pes-

cador. Sabía que era un gran honor ser admitido ante su augusta presencia, y entre la emoción y la sorpresa, todo había empezado a darle vueltas. Ignoraba qué decir o cómo comportarse. Le fallaba la voz para contestar a las preguntas.

Se puso de rodillas e inclinó la cabeza.

La reina no desmontó, pero se dirigió directamente a él. Su voz era más dulce de lo que había imaginado, aunque no estaba exenta de cierto tono de autoridad.

—No temas, buen hombre. No pretendemos hacerte daño. Mi hijo, el rey Niqmaddu II, sufrió una herida muy fea en el brazo y me dijo que lo había curado un niño llamado Yagurum. Creo que es tu hijo, si no estoy mal informada. Dime dónde está. Quiero hablar con él. Tengo que saber en qué consistía ese ungüento milagroso que le aplicó sobre la herida, ya que no sólo se cerró sin causar infección, sino que además su piel se ha vuelto más hermosa y más joven que antes, y por si no bastara, la cicatriz ha desaparecido como por arte de magia. Algo así nunca lo había visto. Déjame hablar con tu hijo, para que me explique este misterio.

El pescador se quedó estupefacto. Pensó rápidamente. Así que el guerrero que Yagurum socorrió era nada menos que el rey. Increíble. El rey Niqmaddu no sólo había acudido a su casa, sino que además su hijo lo había curado. No entendía nada. Pero ¿estaba seguro de que era Yagurum a quien buscaban? ¿No habría ayudado al rey cualquier otro joven en otra casa? Todo le parecía tan irreal que se resistía a creerlo.

¿Qué ungüento habría utilizado Yagurum? No había nada prodigioso tras la puerta de su casa.

La reina continuó:

—Tengo otro hijo, que también ha vuelto herido del campo de batalla. Su herida no acaba de curarse, aun cuando los sacerdotes del templo han probado con todos los

medicamentos que conocen. Han cubierto la herida con finas tiras de lino consagradas por el sumo sacerdote, tras tenerlas sumergidas durante tres días en aceites sagrados traídos especialmente desde el Lejano Oriente, pero la herida no deja de empeorar. Si no probamos con esa poción mágica que curó a Niqmaddu, morirá. Dime dónde está tu hijo. Te ordeno que me lo digas.

—Mi hijo no está aquí, poderosa reina. Se ha ido con su madre a la aldea —logró balbucear el pescador—. Volverá, pero no sé cuándo.

La reina hizo una mueca de irritación. Se veía a las claras que no le gustaba que le llevaran la contraria. ¿Cómo osaba un insignificante hijo de pescador hacerla esperar?

—Mis guardias te acompañarán. Id en su busca. Después me lo llevaréis al palacio. Quiero escuchar de su propia boca lo que le dio a mi hijo.

La reina Arhalbu volvió grupas y partió al galope, seguida por su escolta. Pronto desaparecieron en el horizonte tras una nube de polvo.

Dos de los guardias se habían quedado. No tenían exactamente cara de buenos amigos.

—Vamos, date prisa. Ya has oído lo que ha dicho la reina. ¿No pretenderás perder más tiempo? Vamos a buscar a ese insolente hijo tuyo, que se atreve a hacer esperar a la reina.

El problema era que el pescador no tenía la menor idea de hacia dónde dirigirse. No había un lugar concreto en el que esconderse. Hasta entonces nunca habían tenido que hacerlo.

Registraron los campos de los alrededores, sin resultado. Los llamaron por su nombre, tanto a él como a su madre, pero sin obtener respuesta.

Después de deambular durante varias horas, los soldados se hartaron.

—Nos estás tomando el pelo, pescador. No pueden ha-

berse ido tan lejos. Y también has mentido a la reina, porque aquí en las cercanías no hay ninguna aldea. ¿Qué tratas de ocultar? Habla, o te corto el cuello aquí mismo.

El pescador, aterrorizado, intentó convencerlos de que no sabía realmente dónde podían haberse metido. Él mismo se sorprendió de que no acudieran a su llamada. Era imposible que se hubieran ido muy lejos. Pero ¿dónde se habían metido?

Uno de los soldados entró en la casa. Salió corriendo, con algo en las manos.

—Mira esto —le dijo a su compañero—. La capa y la daga del rey. Las tenía escondidas dentro. Estos desgraciados se aprovecharon de que estaba herido y no podía defenderse para robarle.

El pescador protestó. Les dijo que se había encontrado esos objetos en la playa, después de que el rey se fuera, pero los soldados no le creyeron.

Le preguntaron nuevamente por su esposa y su hijo.

—Estoy seguro de que están por ahí, escondidos —dijo uno de ellos.

Lo golpearon para ver si confesaba, pero el pescador siempre les daba la misma respuesta, que no sabía dónde se habían metido y, al final, uno de ellos tomó en su mano la daga del rey que el otro había colocado sobre la capa en el suelo, se acercó al pescador y le cortó la garganta.

El muchacho y su madre no habían tenido tiempo de alejarse mucho cuando llegaron los soldados. Todavía estaban lo bastante cerca cuando oyeron al soldado preguntar por Yagurum.

Los dos se asustaron mucho.

Se alejaron todo lo que pudieron, corriendo como locos.

Más tarde, oyeron la voz del padre que los llamaba, pero vieron también que iba acompañado por dos soldados.

—No te muevas —le dijo su madre—. No sé por qué te están buscando, pero sin duda están obligando a tu padre a llamarte. Él espera que tú no contestes, estoy segura. Si no, habría venido solo. No me fío de los soldados.

—Pero, mamá, y si...

—Silencio —lo hizo callar su madre—. Acuérdate siempre de una cosa, hijo mío: nunca te fíes de un soldado.

Permanecieron mucho tiempo en su escondrijo. Un agujero excavado probablemente por algún animal, al pie de un montículo. Cuando se hizo de noche, regresaron con cautela a la casa.

Se detuvieron en las proximidades, atentos a cualquier ruido sospechoso. Pero al no ver ni oír nada raro, se fueron acercando cada vez más a su casa.

A poca distancia de la puerta, descubrieron el cuerpo sin vida de su padre. Vieron lo que los soldados le habían hecho.

—¿Ves, hijo mío? Ya te he dicho que nunca te fíes de un soldado —exclamó la madre, desconsolada, entre lágrimas.

Esa misma noche tomaron el camino del exilio. Un poco más al norte, a dos días de marcha, se toparon con una barca que los llevó al reino de Alasiya, una gran isla en el Mediterráneo, donde el hermano de la madre llevaba varios años establecido.

Nueve años pasaron desde la tragedia. Yagurum ya había cumplido los veinte.

Había comenzado a trabajar en el taller de su tío, un célebre grabador de piedras preciosas, conocido por su habilidad y destreza en el bello arte también llamado glíptica... Quería seguir sus pasos y convertirse él también en grabador. Su tío era un excelente maestro. No había piedra que se le resistiera: ágatas, cornalinas, amatistas, lapislázulis, o los distintos derivados de la calcedonia. Con

el tiempo, el joven Yagurum llegó a ser también un grabador experto.

Un día, mientras caminaba por el mercado principal de la ciudad de la gran isla, donde él y su madre residían desde que se habían marchado al exilio, oyó cómo dos mujeres narraban una historia que provenía de tierras continentales. Hablaba del hijo de un humilde pescador que había creado una poción mágica que aseguraba la eterna juventud. Contaba la historia que el chico la había aplicado a las heridas de un rey, que habían sanado milagrosamente, haciendo incluso desaparecer las cicatrices.

A Yagurum la historia de las dos viejas le arrancó una sonrisa. ¿Cómo podían creerse historias como éstas, de las que se cuentan a los niños pequeños para conseguir que se adormezcan?

En el camino de regreso a casa, silbando, se le vino de nuevo a la cabeza la historia de las dos viejas del mercado. Había algo en ella que le resultaba familiar. ¿Acaso se la había contado su madre cuando era pequeño?

De repente, se dio cuenta de todo.

Todos aquellos dolorosos sentimientos que había intentado reprimir durante tanto tiempo, para impedir que salieran a flote en el mar de sus afectos, aquellos recuerdos amargos, tristes, unidos a la muerte de su padre y su posterior fuga de Ugarit, todas las cosas que había tratado de olvidar, regresaron en tromba a su memoria.

En ese momento comprendió muchas cosas. Comprendió que ese dolor siempre había estado presente y que nunca lo abandonaría. Comprendió que si no lo abordaba de algún modo, sería la pesadilla de su vida.

Y comprendió sobre todo, estupefacto, que aquellas dos viejas estaban hablando de él. Comprendió por qué estaban buscándolo los soldados. Comprendió por qué su padre había muerto, probablemente por nada. Y comprendió también que si algún día su madre llegaba a saber la verda-

dera razón por la que los soldados lo buscaban, moriría de dolor por haber sido sin pretenderlo responsable de la muerte de su marido.

Yagurum regresó a su casa triste y silencioso.

¿Debía compartir con su madre este gran descubrimiento o guardar silencio?

Escogió la segunda opción.

Sin embargo, quería saber si su madre era consciente de que ese unguento que preparaba a base de pescado era, según cuanto había oído decir a las dos viejas, un fabuloso remedio capaz de asegurar la eterna juventud.

Eso último no lo creía. Sabía perfectamente que la eterna juventud era una leyenda que las mujeres se transmitían unas a otras, desde la noche de los tiempos, pero que nadie había encontrado jamás nada parecido. Por eso seguían buscándola y, sobre todo, envejeciendo, como todos los comunes mortales.

Recurriendo a largos circunloquios de palabras, para que no sospechara por qué le hacía esa pregunta, interrogó a su madre acerca de ese tazón con la salsa de pescado que utilizaban con frecuencia cuando todavía vivían en Ugarit. Los dos estaban sentados en la pequeña cocina de su casa.

—Pero ¿era sólo una salsa para acompañar a los alimentos o servía para otros propósitos? —le preguntó con candidez.

La madre lo miró con asombro. La insistencia de su hijo para conocer detalles de esa vieja receta la sorprendió. ¿Desde cuándo se interesaba Yagurum en asuntos de cocina? La vieja arruga que marcaba su rostro se intensificó, señal de que estaba preocupada.

—¿A qué viene tanta curiosidad, hijo mío? ¿Hay alguna idea que te ronda por la cabeza?

Yagurum reflexionó a toda prisa para encontrar una excusa plausible. Ciertamente, su madre no era estúpida.

—Por simple curiosidad, mamá. He oído decir a una

vieja del mercado que para curar una herida a uno de sus nietos que se había caído y se había hecho un pequeño corte en la rodilla, le había puesto una salsa de pescado que utilizaba también en la cocina. Eso hizo que se me viniera a la cabeza que tú también hacías una salsa parecida, pero que no has vuelto a preparar desde que estamos aquí.

Vio por la expresión de su madre que su inquietud se había disipado. Había conseguido calmarla.

Ella se quedó pensando un momento. Se veía que estaba tratando de recordar todos los ingredientes. Poco a poco, fue desgranándolos uno por uno, según se le venían a la memoria.

Precisó, a modo de excusa, que no había vuelto a prepararla porque necesitaba una determinada hierba silvestre, que allí no se encontraba, cuando la empleaba como salsa, mientras que añadía una pizca de arcilla de Ugarit cuando debía utilizarla como unguento para las heridas, y, como era natural, allí tampoco la encontraba. Había probado varias veces a sustituir esos ingredientes por otros locales, pero como nunca le salía bien, acabó por dejar de hacerla.

Yagurum apuntó en su memoria la fórmula y después corrió a transcribirla.

No sabía por qué lo hacía. Tal vez para mantener viva la tradición, o porque a él todo lo que provenía de Ugarit le interesaba mucho.

Por desgracia, su madre murió repentinamente poco después.

Para honrar su memoria, decidió esculpir su rostro en una tablilla de cornalina de un intenso color rojo. Trabajó en ella durante mucho tiempo, aprovechando cada uno de sus ratos libres. Al terminar, había creado una maravillosa obra de arte.

Aun así, Yagurum no estaba del todo satisfecho. Estaba seguro de que el grabado era perfecto. Una ejecución de rara precisión y belleza. Pero sentía que faltaba algo.

Estudiando las tablillas que su tío y él preparaban para otros difuntos, notó que era costumbre escribir los méritos de la persona fallecida y las cosas que había conseguido llevar a cabo durante su vida.

Claro, era eso lo que faltaba para completar la tablilla de su madre.

Estuvo reflexionando sobre las cosas importantes que ella había realizado. Le reconoció miles de virtudes y buenas acciones, pero ninguna que fuese de especial relevancia, como para merecer ser grabada en su tablilla.

Sin embargo, al final sí encontró algo que era único. Algo que merecía ser mencionado.

Fue a buscar las notas donde había transcrito la receta de su madre y la grabó en la parte posterior de la cornalina de intenso color rojo.

Cuando terminó, quedó por fin satisfecho.

En un principio, había pensado en ponerla en la tumba de su madre, aunque después cambió de parecer. Acababa de ocurrírsele una cosa. Era verdad que no podía hacerla en ese momento, pero con el tiempo hallaría la forma de alcanzar su objetivo.

Y así pasó el tiempo.

Muchos años más tarde, cuando era ya un anciano, sintió la necesidad de hacer una peregrinación a la tierra de sus antepasados, donde había nacido. Conservaba escasos recuerdos y todos bastante confusos. Se fue a Ugarit, en su busca, con la intención de visitar la tumba de su padre.

Muchas eran las cosas que habían cambiado. No reconoció nada ni a nadie.

Con la memoria, durante todos esos años, había viajado muchas veces hasta allí. Cuando los recuerdos afloraban, la nostalgia se volvía irrefrenable y las ausencias dolorosas.

En esos instantes, volvía a ver de nuevo con toda claridad los lugares de su infancia. Recordó lo felices que eran

los tres, su padre, su madre y él. Ése era un recuerdo que nunca se había ensombrecido.

Pero lo que estaba viendo no se correspondía en nada con los recuerdos de su pasado, al menos con los que había conservado hasta entonces. Todo era diferente, todo había cambiado.

Llegó incluso a dudar de estar en el lugar adecuado. Sus puntos de referencia habían desaparecido, alterados, aniquilados por el tiempo.

Sólo reconoció la playa. Había pasado tantas horas allí que no podía ser más que aquélla. Aún estaba la piedra que sobresalía ligeramente del agua, sobre la que permanecía de pie para escrutar el horizonte, oteando la vieja barca de su padre, con la esperanza de que no tardara en volver.

Buscó la tumba donde, tantos años antes, su madre y él habían enterrado a su padre. Le costó bastante hallarla, porque la principal referencia era su casa, y ésta hacía tiempo que había desaparecido. Pero al final, su perseverancia se vio recompensada y la encontró.

Cavó un agujero pequeño, justo en la tumba, y enterró allí la tablilla de cornalina con la fórmula que había costado la vida a su padre tan inútilmente. Lo que le interesaba en verdad era la imagen de su madre, grabada en el otro lado. Quería que su padre no se sintiera solo, y que ella le hiciera compañía.

Mientras estaba observando la tablilla colocada en el agujero que acababa de excavar, pensó: ¿y si alguien se topaba con la tumba y la descubría?

Yagurum se dijo que habría resultado de lo más inconveniente que alguien encontrara la tablilla y descifrara la fórmula. Él nunca había querido intentarlo siquiera, porque ni era su trabajo ni quería crearse falsas expectativas. Era un grabador sencillo y honrado, no un farsante. No estaba tan seguro además de que lo que había oído en el mer-

cado a aquellas dos viejas fuera verdad. Se contaban tantas historias...

Estuvo reflexionando un rato, mientras se refrescaba a la sombra de un viejo olivo. ¿Sería el mismo que ya estaba allí cuando él era un niño? No lo sabía. Todo era tan diferente ahora.

Al final, tomó una decisión.

Cogió la tablilla con las manos y la arrojó con fuerza contra el suelo, para hacerla pedazos. Fracasó la primera vez. Lo intentó otras tantas, pero no tenía ya la fuerza de antes. Por último, en el enésimo intento, se desgajó un trozo de la punta.

Milagrosamente, la imagen de la madre había permanecido intacta. Y eso supuso un alivio para él. La fórmula estaba ahora incompleta. En el trozo que se había desprendido quedaban grabadas algunas palabras.

Yagurum se sintió satisfecho. Sin esas últimas palabras, nadie sería capaz de copiar la receta de su madre, y al tiempo se las había arreglado para mantener intacta su imagen.

Volvió a colocar la tablilla en el agujero que había cavado en la tumba, con la figura de la madre mirando hacia lo que quedaba del cuerpo de su padre, y la tapó.

Se guardó en el bolsillo el pedazo más pequeño. Se lo quedaría como recuerdo. Así, cada vez que lo viera, pensaría en sus padres.

Emprendió el largo viaje de vuelta.

Tenía que regresar allí, a la isla grande, donde lo esperaban sus hijos y sus nietos. Nunca les había hablado de la famosa receta y no tenía intención de hacerlo. Era su secreto y moriría con él. Su padre había muerto por ello, y no podía perdonárselo a sí mismo.

Recordó con tristeza que, en ciertas ocasiones, cuando su madre aún estaba viva, la encontraba llorando en silencio en algún rincón. Él sabía por qué, pero nunca le decía nada.

Cuando sintió cerca su propio fin, Yagurum pensó en qué destino dar al trozo de la tablilla con el que se había quedado.

Inicialmente, había pensado en pedir a sus hijos que lo enterraran con aquel fragmento de cornalina roja, ya que, en cierto modo, era una manera de volver a conectarse con los suyos, a pesar de que su padre estuviera enterrado al otro lado del mar. Pero lo pensó dos veces. Nunca había sido un hombre de decisiones apresuradas.

Si a él la piedra le había servido para recordar a sus padres, no estaría mal que se usara en el futuro con ese mismo propósito: recordar a los antepasados.

Para él había tenido un gran valor sentimental, y quería que también fuera así para sus hijos. Pero ¿cómo transmitir un sentimiento tan profundo que sólo le pertenecía a él? ¿Cómo asegurarse de que las futuras generaciones no se desprendieran de ella porque no era sino un estúpido pedazo de piedra roja?

Se le ocurrió una idea.

Tenía que otorgarle un significado tan intenso que asegurara su inequívoco legado de generación en generación.

Decidió darle el valor de amuleto.

Llamó a la mayor de sus hijas y le dijo:

—Esta piedra siempre me ha traído suerte y me ha protegido durante toda la vida de grandes enfermedades. Ha sido mi *Barakah*. Consérvala tú, te protegerá y cuando llegue tu hora, regálasela a la mayor de tus hijas. Será nuestra forma de recordar a nuestros seres queridos, que nos protegen desde el más allá.